



*J. A. Gaddy*

**BOLETÍN**  
**DE LA**  
**ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS**

TOMO LXXIV

septiembre-diciembre de 2009

N.º 305-306

**SESIÓN PÚBLICA:**  
**RECEPCIÓN PÚBLICA DEL ACADÉMICO DE NÚMERO**  
**DON PABLO ADRIÁN CAVALLERO\***

DISCURSO DE BIENVENIDA A PABLO ADRIÁN CAVALLERO

**E**n septiembre de 1982 viajó a Buenos Aires el eminente latinista de la Sorbona Pierre Grimal –autor del más completo *Diccionario de mitología griega y romana* que hoy poseemos– para pronunciar en el VII Simposio Nacional de Lenguas Clásicas una conferencia sobre *Virgile devant les philosophes* (Virgilio ante los filósofos). Al día siguiente, el padre de una alumna de mi curso de Griego en la Facultad organizó una recepción para agasajar al ilustre visitante. Estaban presentes, además de algunos jóvenes profesores argentinos, varios compañeros de la hija del dueño de casa y, entre ellos, Pablo Adrián Cavallero. Grimal conversó bastante largamente conmigo sobre la situación de los estudios clásicos en Francia y luego dialogó en forma breve, pero incisiva, con la media docena de estudiantes presentes. Al concluir me dijo: “Encuentro a casi todos tan bien preparados como los franceses de su edad, pero hay uno que me ha impresionado en particular, porque sus conocimientos evidentemente van más allá de lo que puede haber aprendido en el curso, y porque muestra un impulso propio para la investigación”. Era Pablo Cavallero.

Han pasado prácticamente treinta años desde aquel vaticinio sagaz: en 1980 Cavallero se graduó de profesor en Letras; en 1985, de licencia-

\* La crónica del acto puede leerse en “Noticias” del presente volumen.

do en Lenguas y Literaturas Clásicas; en 1988, de doctor en Filosofía y Letras con la orientación en Letras.

Entretanto, y al par con la actividad de investigador a la que me referiré enseguida, Cavallero había iniciado su labor pedagógica como docente de Griego a cargo de la cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras en 1984, y como profesor regular titular de Lengua y Literatura Griegas en la misma Facultad en 2003. Un año antes, en 2002, la Universidad Católica Argentina lo había nombrado titular de Lengua y Cultura Latinas.

Pero paralelamente con su carrera como docente, Cavallero asistió con regularidad a los más diversos cursos y seminarios de posgrado que prestigiosos especialistas argentinos y extranjeros dictaron en nuestro país, sobre todo en nuestra Facultad de Filosofía y Letras. Menciono algunos: los de la erudita profesora Delia Deli; el de J. Martínez Gázquez (Barcelona) sobre latín medieval hispano; los de J. Oroz Reta (Salamanca) sobre temas de san Agustín; los de Olivier Reverdin (Ginebra) sobre el texto de la *Pítica I*, de Píndaro, etc.

En cuanto a su actuación en el CONICET, Cavallero había trabajado en el programa SECRET dirigido por el docto profesor Germán Orduna sobre autores y textos medievales, como los *Moralia*, de san Gregorio, las *Sententiae*, de san Isidoro, y el problema de la traducción castellana en la Edad Media. Aunque continuó Cavallero como investigador asistente del CONICET, hasta llegar a la categoría de “principal”, entretanto había viajado con sendas becas a Alemania, en 1993 y en 1998, para asistir a cursos en la Universidad de Heidelberg. Me resulta grata la coincidencia de que yo mismo, treinta años antes, había actuado dos semestres, como profesor invitado visitante, en esa gloriosa Universidad, donde por entonces enseñaban el eminente filósofo Hans Georg Gádamer y otros grandes. No menos grato es recordar que también estudiaron allí, años después, mis queridos ex alumnos Rodolfo Buzón y Ana María Pendás.

Ahora bien: la obra de Cavallero es ya muy considerable, tanto en el campo del griego como en el del latín, particularmente el medieval, y, a veces, con colaboradores que han sido alumnos míos en mi última etapa profesoral en la Facultad, como Diana Frenkel y María José Coscolla, cuya responsabilidad conozco. Un ejemplo de ello es el voluminoso estudio *Penia. Los intelectuales de la Grecia clásica ante el*

*problema de la pobreza* (2003). Otro es Aristófanes, *Riqueza* (Ploutos). Otro, cuya traducción y notas pertenecen exclusivamente a Cavallero, es el *Comentario al Evangelio según san Juan, de santo Tomás de Aquino*, que consta hasta ahora de seis copiosos volúmenes. Entre los griegos medievales, podemos citar *Los nombres divinos*, de Dionisio Areopagita. En cuanto a la literatura latina, es digno de notarse el libro titulado *Parádosis*, sobre los motivos literarios de la comedia griega en la comedia latina, acaso influido por el primer seminario a que asistió en Heidelberg, en 1993.

La sorprendente productividad de Cavallero se advierte con facilidad si digo que, aparte de sus trabajos mayores, ha publicado sesenta artículos (la mitad de ellos en revistas extranjeras) y más de cuarenta reseñas.

Pero al lector culto le importa más, sin duda, saber que Cavallero tradujo varios clásicos griegos famosos. Uno de ellos son los *Persas*, de Ésquilo, suerte de grandiosa cantata sobre la derrota del imperio persa por haber cometido su rey, Jerjes, el pecado de *hybris*, la desmesura de querer ir más allá de los límites impuestos por la divinidad. También tradujo Cavallero, además de las *Nubes*, de Aristófanes, una tragedia de Eurípides, *Alcestes*, historia de la mujer amante que ofrece su propia vida cuando la muerte exige la de su esposo.

No obstante, y como una prueba de la vastedad y variedad de sus intereses científicos, en la que podemos llamar por ahora una de sus obras mayores, Cavallero vuelve a la Edad Media y publica una edición crítica revisada, con estudio introductorio, versión castellana, copiosas notas e índices, de la llamada *Antapódosis o retribución*, que publicó en el siglo X Liutprando, el obispo de Cremona, que nos ha dejado importantes informaciones sobre el Imperio Bizantino con motivo de su viaje a Constantinopla. Esta nueva obra de Cavallero es de tal calidad que mereció ser publicada en la Colección *Nueva Roma* por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas de Madrid.

Estimados amigos:

Resulta superfluo recordar en este recinto, ante escritores y filólogos tan versados como los que me escuchan, la importancia y aun la presencia de la cultura antigua griega y latina en la nuestra contemporánea. Pero la circunstancia de incorporarse esta noche a nuestro cuerpo un filólogo que ha hecho de estos estudios el tema de su vida, y, en mi

caso particular, la emoción de que el nuevo académico sea mi discípulo y sucesor, como lo he explicado, en la cátedra de Griego de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad de Buenos Aires, dan pie para que formule yo algunas consideraciones generales sobre el tema.

Muchos recordarán que en 1959 publicó el físico y novelista inglés Charles Percy Snow su opúsculo *Las dos culturas y la revolución científica*. Para Snow, la cultura “científica” representa la modernidad, el futuro, y la “literaria” es la tradicional, ciega y sorda a los descubrimientos de la ciencia, que pretende ingenuamente administrar la sociedad occidental. Puso un ejemplo que resultó célebre: en una reunión de personas que podían considerarse muy cultas, preguntó cuántos de ellos eran capaces de enunciar el segundo principio de la termodinámica. La respuesta —dice— fue negativa; y, sin embargo —agrega— la pregunta era el equivalente científico de: “¿Ha leído usted alguna obra de Shakespeare?”.

No puedo entrar aquí en las réplicas y contrarréplicas que tal actitud provocó en aquel momento. Baste decir que el ataque más furibundo, lleno de invectivas *ad hominem*, provino de Frank Raymond Leavis, profesor de la Universidad de Cambridge y prestigioso crítico literario. “Leer a Dickens —dijo—, escuchar a Mozart y ver un Tiziano son actividades esencialmente distintas de averiguar qué significa la aceleración de partículas o la partición del átomo; son experiencias de instantáneo y largo efecto a la vez; predisponen el espíritu para comprender mejor el resto del mundo, para soportarlo y soportarse a sí mismo”.

Era una falsa disyuntiva la de Snow y Leavis, como se verá por el testimonio de algunos grandes hombres de ciencia que citaré, y aunque en los últimos cincuenta años se ha hecho ya un lugar común analizar y reconocer las consecuencias de la portentosa evolución de la ciencia y la técnica, es previsible que, en una Academia que lleva el nombre de la nuestra, la mayoría de sus miembros sientan especial simpatía por la posición del profesor Leavis frente al hecho literario.

Falsa disyuntiva, digo, porque la ciencia posee una historicidad distinta de la de las llamadas “humanidades”, una historicidad que podríamos llamar ilimitada: la antigua lámpara de aceite fue superada por la luz eléctrica, y aún más, si cabe. Pero Homero, los trágicos, Virgilio no están superados. Son *antiguos*, pero no *pasados*.

En lo que se refiere concretamente a la filosofía y, en general, al pensamiento griego, comparten estos conceptos, contra lo que creía Snow, muchos de los mayores hombres de ciencia de nuestra época, como el gran biólogo Monod, premio Nobel en 1965 por su libro *El azar y la necesidad* (Le hasard et la nécessité), y eminentes físicos, de los cuales citaré solo a dos: Erwin Schrödinger y Werner Heisenberg.

Schrödinger, sucesor de Max Planck en la cátedra de Berlín y premio Nobel en 1933 por la concepción de la mecánica ondulatoria, había pronunciado en la Universidad de Dublín una conferencia con el título significativo de “La ciencia como elemento constitutivo del humanismo”. Este gran creador –que dicho sea de paso escribió, además, hermosos poemas– se interesó cada vez más por los filósofos y científicos de Grecia, a los que leía en su lengua original. Fruto de este interés es su libro de 1954, *La naturaleza y los griegos* (Die natur und die Griechen), al cual pertenecen las siguientes palabras: “Es mi opinión que la filosofía de los antiguos griegos nos atrae porque nunca antes ni desde entonces ni en lugar alguno de la tierra se ha establecido unidad comparable a su sistema de conocimiento y especulación, tan sumamente avanzada y articulada y sin la nefasta separación que tanto nos ha estorbado durante siglos [...]. No había surgido aún la idea de los compartimientos estancos”.

En cuanto a Werner Heisenberg, asimismo premio Nobel y a los 31 años, tuve la felicidad de conocerlo y tratarlo en la Academia de Ciencias de Göttingen. Era uno de los hombres más afables, modestos y llenos de encanto que he conocido. En esa ocasión, a modo de ingenuo lucimiento, se puso a recitar en latín el célebre proemio de la obra *De rerum natura*, de Lucrecio. Pero su pasión por lo griego igualaba, además, su amor por la música. Pues en su libro *La imagen de la naturaleza en la física actual* (Das Naturbild der heutigen Physik), de 1955, dice lo siguiente: “Pienso por lo tanto que cuantos discuten en nuestra época el valor de la educación humanística no pueden con derecho alegar que el estrecho enlace entre la filosofía natural y la física atómica moderna constituye un caso particular [...]. En los últimos decenios el parentesco entre las distintas ciencias de la naturaleza se ha hecho mucho más perceptible. Son muchos los terrenos en que se rastrear las señales del común origen, y este origen común no es en último término otro que el pensamiento antiguo”.

Pero no confundamos. El reconocimiento por estos eminentes hombres de ciencia de un gran pasado griego común no significa, como es obvio, pasatismo o inmovilismo. Cada uno de ellos introdujo en su propio campo una nueva visión revolucionaria cuyas consecuencias perduran y perdurarán.

Con las diferencias que antes mencioné, algo semejante ocurre con los grandes temas griegos en el ámbito de la literatura y de las otras artes: Ulises, Edipo, Electra, Antígona son grandes figuras que están siempre allí, incapaces de envejecer, “a igual distancia de nosotros que de Platón”, según la feliz expresión de Ortega, pero, al mismo tiempo, actuales y hasta revolucionarias cuando crean con ellos sus obras un Joyce, un Sartre, un O’Neill, un Pasolini.

Termino: no estoy predicando que alguien aprenda el griego clásico, si no le interesa hacerlo; pero sí le estoy pidiendo que reconozca la verdad de las palabras que en ocasión memorable pronunció en Atenas André Malraux: “Une Grèce secrète repose au fond de tous nos coeurs” (Una Grecia secreta reposa en el fondo de todos nuestros corazones).

Querido nuevo académico:

Dice Gregorio Marañón en una de sus biografías que el profesor es un hombre que, cada año más viejo frente a una promoción de estudiantes cada vez más jóvenes, les entrega su corazón para que se lo lleven a pedazos. Es de sobra conocido lo que dice Marañón, pero lo afirma con un tono de pérdida y amargura que no comparto. He sido durante toda mi vida y siento que lo sigo siendo a pesar de la disminución que entrañan los altos años, un profesor de alma, y no entiendo esa metáfora de los pedazos del corazón. En todos los casos, en que he sentido digno y merecido serlo, y particularmente si me refiero al para mí joven helenista que asume esta noche su condición de académico, hace años que le he entregado mi corazón entero y anhelo que ello contribuya como un pequeño aporte más a la plenitud de su éxito.

Carlos Alberto Ronchi March